

Ya se ve que Bodin echa por tierra el principio en que se apoya el maquiavelismo, puesto que, lejos de admitir que los príncipes se rijan por diferente moral que los individuos, quiere que sean más estrictos observadores del deber. En efecto, siendo los príncipes representantes de la sociedad, si del perjuicio hacen una máxima, ¿qué serán entonces las relaciones sociales? Bajo este punto de vista hay que colocarse para decidir la cuestión de derecho internacional suscitada por Francisco I después del tratado de Madrid. En el derecho privado, la fuerza vicia los contratos; ¿sucederá lo mismo en los tratados? Bodin responde que no, contra la opinión de muchos doctores, entre los cuales está un cardenal, tan mal informados, dice él, acerca del estado de las repúblicas como del fundamento de la verdadera justicia: "Es una opinión de consecuencias muy perniciosas, porque desde hace trescientos años que está en boga no hay tratado que no haya sido infringido; de suerte que la opinión ha convertido casi en máxima la de que el príncipe que se ve obligado á hacer alguna paz con desventaja se puede apartar de ella cuando se le presente la ocasión. Ni por asomo pensaron jamás en semejantes sutilezas los primeros legisladores y jurisconsultos, ni los Romanos mismos, maestros de la justicia; porque sabido es que la mayor parte de los tratados de paz se hacen por fuerza ó por temor al vencedor ó á quien es más poderoso," (1).

Las pasiones religiosas suscitaron otra cuestión más delicada. ¿Se debe cumplir el pacto hecho con los infieles? Más adelante diremos hasta dónde extraviaron las precauciones sobre este punto á los más claros entendimientos. Bodin recuerda el decreto del concilio de Constanza, que violó el salvoconducto dado por el emperador á Juan Hus, y recuerda que el cardenal Juliano rompió, con ese pretexto, la paz hecha con los Turcos. La moral del publicista francés es más pura que la de la Iglesia: "Si no debe guardarse lealtad con los enemigos de la fe, no se debe pactar con ellos, y, por el contrario, si es lícito capitular con los enemigos, es necesario cumplirles la palabra empeñada," (2). Ese es también el parecer de un hombre de guerra. *Tavannes*, aún cuando afiliado al partido católico,

(1) BODIN, *de la República*, lib. V, p. 808.(2) BODIN, *de la República*, lib. V, p. 803 y siguientes.

no vacila en decir que la palabra empeñada debe guardarse siempre, aún cuando hubiese sido empeñada por fuerza á los ladrones para prenderlos, aún cuando hubiese sido dada por engaño, aún cuando hubiese sido empeñada á los Turcos. El pundonor del soldado se indigna contra las sutilezas inventadas por una cobarde superstición: "No sirve, dice, hacer protestas y reservas mentales á Dios contra lo que profiere la lengua; y vano es sustraer los huesos de los relicarios sobre los que se jura; Dios, escrutador de los corazones, ofendido por esas necias sagacidades, castiga á los perjuros que prefieren su utilidad á su juramento." Pero ¿es cierto que puede haber utilidad en faltar á lo pactado? No existe tal oposición entre el interés y el deber. Oigamos á *Tavannes*: "Aun cuando en ello no hubiera pecado, es mala conducta la que expone á ser juzgado y tenido por hombre sin palabra; nadie trata con aquéllos de quienes se duda y muchos tienen por lícito el engañar al engañador," (1).

Montaigne abunda en esos sentimientos: examina con esmero qué ventaja puede haber en engañar, y encuentra que hay realmente ventaja momentánea, pero perjuicio para lo futuro, lo cual sucede con todos los cálculos del egoísmo: "Los que han considerado en nuestros tiempos que el deber de un príncipe estriba solamente en el buen éxito de sus negocios, y han postergado á él la lealtad y la conciencia, podrían decir algo tratándose de un príncipe á quien la fortuna hubiera sonreído en todos sus asuntos, de tal modo que nunca hubiera necesitado para obtener éxito más que faltar á su palabra; pero las cosas no van de ese modo; muchas veces hay que perder en el mercado, y los príncipes celebran más de una paz y más de un tratado en su vida. La ganancia que les provoca á la primera deslealtad, y siempre que se presenta ocasión, como aconteció en todas las maldades, acarrea para en adelante infinitos perjuicios, puesto que ese príncipe se coloca fuera de todo comercio y de toda buena negociación con el ejemplo de aquella infidelidad," (2). *Montaigne* se complace en comparar la moral de los antiguos y aún la de los pueblos bárbaros con la política de sus contemporáneos: "¿A quién no debe ser detestable la perfidi-

(1) *Memorias de TAVANNES*, en la Colección de PETITOT, tomo XXV, p. 348.(2) MONTAIGNE, *Ensayo*, lib. II, c. 17.

dia, cuando Tiberio rechazó á tal precio una cosa de gran interés? Enviósele á decir de Alemania que, si lo aceptaba, se haría desaparecer á Arminius por medio del veneno; y siendo el enemigo más poderoso que habían tenido los Romanos, el que había vencido tan valerosamente á Varo, y el único que impedía los progresos de la dominación romana en aquellas regiones, Tiberio respondió que el pueblo romano tenía por costumbre vengarse de sus enemigos á cara descubierta y con las armas en la mano, no á escondidas y con fraudes, y abandonó lo útil por lo honesto," (1). "En el reino de Ternate, continúa *Montaigne*, entre esas naciones que llamamos bárbaras á boca llena, hay la costumbre de no emprender guerra alguna sin denunciarla primero al enemigo, y hasta añaden la declaración de los medios que en ella van á emplear... En cuanto á nosotros, ménos supersticiosos, creemos que el honor de la guerra está de parte de aquel que saca provecho de ella, y decimos con Lisandro que adonde no basta la piel del león hay que añadir una tira de la de la zorra," (2). En el día sabemos ya á qué debemos atenernos sobre la lealtad de los pueblos bárbaros y sobre el honor de los Romanos, á quienes llama *Bodin* maestros de justicia. Sí, Roma brilla en la ciencia de lo justo y de lo injusto, pero únicamente en la esfera de las relaciones privadas; en las relaciones internacionales no conocía más derecho que el de la fuerza. Lejos de ser un ejemplo digno de imitar, los antiguos fueron un escollo para los hombres del Renacimiento; sedujeron á Maquiavelo y alteraron el sentido tan recto de *Montaigne*; el autor de los Ensayos examina si puede el príncipe faltar alguna vez á su juramento, en la suposición de que se trata "de una circunstancia urgente y de alguna necesidad de su Estado inopinada é imperiosa." Vacila en su respuesta; principia diciendo que se debería atribuir aquella necesidad á un golpe de la divina vara, y que sería desgracia más bien que vicio el que el príncipe se dejase llevar fuera del terreno del deber; vuelve después en sí de su escrúpulo, y dice: "Si se encontrase un príncipe de conciencia tan tierna que no considerase ninguna curación digna de tan doloroso remedio, por mi parte no la estimaría ménos." Es decir,

(1) MONTAIGNE, *Ensayo*, lib. III, c. 1.(2) MONTAIGNE, *Ensayo*, lib. I, c. 5.

que aprobaría á aquel que prefiriese su honor y su fidelidad á su propia salud y á la de su pueblo. Pero no se atreve á hacer de este sacrificio una ley, y acaba por decir que alguna vez es lícito imponer silencio á la conciencia cuando la utilidad pública es visible y muy importante," (1). ¿Quién no ve que la excepción destruye la regla? La regla aquí es tal, que no sufre excepción; es la ley del deber; y ¿cuándo podría no existir la ley del deber? ¿Sería cuando se encontrase en colisión con la salud pública? Pues aún entonces debe sobreponerse el deber. La salud pública no legitima todos los medios; es necesario que éstos encuentren su justificación en sí mismos. *Montaigne* lo presentía, pero le extravió la desdichada idea de que la salud pública es la suprema ley. Sí, es la ley suprema en el sentido de que se la debe sacrificar todo lo que sea interés; nunca la conciencia, nunca el deber; por el contrario, es al deber á quien hay que hacer toda clase de sacrificios, incluso el de la existencia.

SECCION 3.^a

LA DIPLOMACIA EN EL SIGLO XVII.

§ I.—Hechos.

I.

Uno de los hábiles diplomáticos de los tiempos modernos decía á principios del siglo XVII: "Los príncipes hacen muchas veces cosas vergonzosas que no pueden vituperar cuando son útiles á sus Estados, porque lo indecoroso, cubierto con lo provechoso, se lo llama discreción; así como, al contrario, cuando no resulta provechoso, es reputado cobardía," (2). Estas palabras del presidente *Jeanнин* van más allá de la doctrina de Maquiavelo, pues resulta que no hay nada de indecoroso en sí mismo, que todo depende del éxito; todo es lícito con tal que se logre lo que desea. Tal era la política universal al principio de las grandes guerras y de las largas negociaciones que vamos á examinar. Un filósofo italiano ha hecho esta observación: "La razón de Estado, dice *Campanella*, es una invención de los tiranos, que juzgan que su conser-

(1) MONTAIGNE, *Ensayo*, lib. III, c. 1.(2) *Negociaciones de JEANNIN*, en PETITOT, serie 2.^a, t. XIV, página 126.

vación ó su grandeza les permite violar todas las leyes, incluso las de Dios,, (1). ¿Se modificó la conducta de los reyes á consecuencia de las luchas que ocuparon todo el siglo XVII? Nunca se vieron negociadores menos escrupulosos; la sagacidad llegaba á la altura del genio; pero ¿ganaron con ello las relaciones internacionales? Si oímos á los escritores de últimos del siglo, habrá que convenir en que el maquiavelismo reinó en él más que nunca. Oigamos lo que dice Leibnitz, con ser filósofo optimista: "Los niños juegan con las tabas, decía Lisandro, los hombres con los juramentos. En el día se podría decir, sin injusticia, de muchos reyes que en sus palacios se divierten con la baraja y en sus relaciones políticas con los tratados,, (2). La oposición entre la moral privada y la moral pública no podía ser mayor: "Las sociedades, dice Le Clerc, y los que las dirigen se vanaglorian de aquello mismo que haría á los particulares grandemente odiosos y criminales. Se cree que hay honor y gloria para los Estados en hacer á sus vecinos todo el mal que puedan impunemente, y aún en subyugarlos si les es posible, y los felices resultados justifican todas las injusticias,, (3).

Los que así hablan son contemporáneos de los sucesos, y hay que desconfiar siempre de sus quejas, aún cuando sean filósofos optimistas. No pretendemos que la ley del deber reemplazase en el siglo XVII á la del interés: la política es siempre la ciencia de lo provechoso; y cuando se trata de engrandecimientos, los reyes no son demasiado escrupulosos acerca de los medios. Sin embargo, es indudable que el siglo XVII no presencié aquellas groseras deslealtades, aquellas vergonzosas trampas que se vieron en el principio de la era moderna; hay, sí, habilidad poco escrupulosa, cierta destreza que explota graciosamente la sencillez ajena; no faltan incautos, sin que se pueda decir que de otra parte haya bribones. Se despierta la conciencia internacional, los hombres políticos hacen profesion de honradez; y aún cuando los hechos no respondan siempre á las palabras, no es ya poco el que las máximas sean honradas; ya acabarán por penetrar en las costumbres.

Richelieu y su confidente, el capuchino José,

(1) CAMPANELLA, *Philosophia realis*, Pars III, c. 4, núm. 6, página 377.

(2) LEIBNITZ, *Codex juris gentium*, Prefatio, p. 1.

(3) LE CLERC, *Biblioteca selecta*, t. XX, p. 26.

gozan de bien mala fe; se decía que las dos eminencias eran la encarnación de la escuela política que define la diplomacia, arte de engañar con habilidad. Sin embargo, la lectura de los escritos del gran cardenal no produce esa desfavorable impresión; en su *Testamento* condena abiertamente el maquiavelismo; dice, por el contrario, "que los reyes deben cuidar de observar fielmente sus compromisos,, (1). Sus *Memorias* tampoco desmienten esa profesion de fe, y en ellas no se encuentra máxima alguna que la moral condene. Es un talento superior que triunfó de sus adversarios, menos perspicaces, por su habilidad; pero no es un embustero; rechaza, por el contrario, el cargo de duplicidad sobre los enemigos de Francia. Se le imputa como un crimen el tratado de Ratisbona que se negó á ratificar. Las negociaciones que precedieron al tratado son muy oscuras. Fernando II estaba en el apogeo de sus triunfos; había vencido á los protestantes de Alemania y á su aliado el rey de Dinamarca; tenía un general incomparable en *Wallenstein*; dominaba en Italia por medio de la casa española, y se podía temer una monarquía universal (a). Entonces fué cuando Richelieu decidió entrar en campaña. Se había reunido una dieta en Ratisbona para deliberar sobre los asuntos de Alemania. Richelieu envió á ella un embajador, acompañado del famoso padre José. Hé aquí el retrato que *Leon Brularé* hace del capuchino: "No tiene de cristiano más que el nombre y de religioso más que la capucha y el cordon. Jamas se vió una disimulación más profunda ni una doblez más dolosa; exclusivamente aplicado á engañar á los príncipes de Alemania, prescinde de todas las reglas de la cortesía y de la decencia, y no se propone nunca otro fin sino el de aquello que le es más útil y más á propósito para granjearse el favor del duque de Richelieu,, (2). ¿Qué venía á hacer aquel descarado embustero á Ratisbona? El objeto aparente de su misión era hacer la paz en Italia; y en esto estaba de acuerdo con los príncipes católicos de Alemania. Los electores querían más: el orgullo de *Wallenstein* les daba enojos, y los desmanes de sus mercenarios sublevaban las poblaciones: la dieta

(1) RICHELIEU, *Testamento político*, 2.ª parte, c. VI.

(a) La monarquía universal es el argumento *ad terrorem* de Laurent; pero es además un ingrediente que le sirve para toda clase de panaceas.—(N. del T.)

(2) LEVASSOR, *Hist. de Luis XIII*, t. III, p. 493.

reclamó la separación del general y el licenciamiento del ejército. Ese era también el deseo de Richelieu, puesto que quería debilitar á la Casa de Austria. Pero ¿cómo obtener el consentimiento del emperador para medidas que iban encaminadas contra él? El orgullo dinástico era tan grande en él como la ambición por la monarquía universal; y el capuchino le hizo esperar que, si accedía á los deseos de la Alemania, el hijo del emperador sería rey de Romanos. Fernando cedió, y hasta consintió en la paz de Italia; pero como Gustavo Adolfo amenazaba ya al imperio, exigió aquél una garantía: y el capuchino firmó, en nombre de su jefe, el solemne compromiso de no auxiliar á los enemigos presentes y futuros del emperador. Y aquí está el fraude, si es que Richelieu estaba de acuerdo con su enviado; porque en el momento en que el padre José trataba con Fernando, el cardenal negociaba con Gustavo Adolfo; por consiguiente, la convención de Ratisbona se había hecho con el único objeto de engañar al emperador y á los electores católicos. En definitiva, todos fueron engañados; el hijo de Fernando no fué elegido rey de Romanos, y la renovación de *Wallenstein* abrió la Alemania al rey de Suecia, aliado secreto de la Francia. Pero ¿fué cómplice Richelieu? Es probable, pero no está probado. En sus *Memorias* dice que el capuchino traspasó el límite de sus instrucciones, lo cual sirvió de motivo al cardenal para negarse á la ratificación. El mismo Richelieu dice que los embajadores franceses declararon en Ratisbona que traspasaban sus poderes; y si es así, hay que confesar que los Alemanes fueron engañados porque quisieron serlo (1).

Se puede hacer un cargo á Richelieu, cargo más bien dirigido á su siglo que á su persona: no mostró respeto alguno por la independencia de las naciones; la idea de que éstas tienen su existencia inviolable no reinaba todavía en la conciencia pública. De ahí el que se verificaran actos verdaderamente vandálicos. El duque de Saboya propuso al cardenal repartir con él los Estados de la república de Génova, como si se tratase de bienes mostrencos. La Francia no tenía ni sombra de cuestion alguna con Génova, y la Saboya discutía con la república un pequeño territorio; pero esa con-

tienda, en cierto modo judicial, no podía dar motivo, ni siquiera pretexto, para una guerra. Richelieu aceptó, sin embargo, la oferta del duque Carlos Manuel, y el acto vandálico se hubiera realizado, á no intervenir España en favor de la república (1). Nosotros no creemos que Richelieu pensara seriamente en apoderarse de Génova, porque había abandonado la política aventurera de los reyes de Francia, que buscaban conquistas imposibles en Italia. Pero el hecho sólo de un convenio entre dos príncipes para el reparto de un Estado independiente, es una enormidad que destruye en sus fundamentos la idea del derecho internacional. Hay que censurar agriamente al siglo XVII, como hemos censurado al XVI, y habrémos de censurar al XVIII; los hombres son más ó menos culpables, según que la conciencia general está más ó menos ilustrada (a). Se puede decir que en el siglo XVII aún estaba muda. ¿Se creará que la Francia y la España se coaligaron muchas veces para el repartimiento de la Inglaterra? La idea venía de los papas, que entregaban la herética isla á la codicia de los príncipes ortodoxos. De esa manera, el interés de la religión llegaba hasta legitimar un crimen. En el siglo XVII, el proyecto dejó de ser serio, no porque la Iglesia dudase de su derecho, sino porque los príncipes reconocían que la cosa era imposible. Richelieu confiesa en sus *Memorias* que los tratados celebrados para la repartición de Inglaterra no tenían otro objeto que el de enemistarla con España (2).

La política del siglo XVII era incompatible con la ley del deber. Hemos dicho que la Francia aspiraba á reconstituir lo que llamaba fronteras naturales de la Galia antigua, la cual, á sus ojos, era casi un derecho, porque las fronteras naturales vienen de Dios, y la Francia las había tenido antiguamente. De ahí procedía su constante actitud de invasión que no respetaba nada. Para alcanzar el objeto de su ambición, Richelieu se vió obligado á protestar que la Francia no trataba de engrandecerse. La Casa de Austria excitaba temores, porque se la atribuían miras de dominación universal. Y al alarmar á la Europa con la ambición de Es-

(1) SISMONDI, *Hist. de los Franceses*, tomo VIII, p. 474 y siguientes.

(a) Excusado es decir que no estamos conformes con esta moral de circunstancias.—(N. del T.)

(2) RICHELIEU, *Memorias*, t. III, p. 283 y siguientes.

(1) RICHELIEU, *Memorias*, t. VI, p. 362 y sig.—MARTIN, *Historia de Francia*, t. XI, p. 334-340.—SCHOELL, *Curso de historia*, tomo XXV, p. 99 y siguientes.

pañía, el cardenal debía no dar á sospechar la ambición francesa: hé ahí por qué se presentó como el defensor de la libertad universal. Oigamos las protestas del embajador de Francia en la dieta de Soleure, en la que, hablando á los Suizos, se dirigía á toda la Europa: "La intencion del rey no es usurpar violentamente los bienes de otros ni despojar á príncipes más débiles que él... *Jamás empleará sus armas en la ejecución de un proyecto ambicioso*; las dedica únicamente en rechazar las invasiones tiránicas de otros príncipes y en defender la causa comun... Su Majestad quiere que toda la cristiandad, en la cual ocupan los reyes de Francia tan eminente lugar, sea libre y que cada soberano disfrute en paz de sus Estados," (1). Era la Casa de Austria la que, según Richelieu, estaba devorada por una insaciable avidez. Un folleto publicado bajo la inspiración del cardenal, después de la paz de Praga, está lleno de esas acusaciones, enfrente de las cuales se presenta y se realza la política francesa: "La Francia no quiere dilatar sus fronteras; el poder que ambiciona es la gloria de sus acciones: satisfecha con las posesiones que tiene de sus antepasados, su rey no toma las armas más que para defender los derechos de todos, la libertad general y el bienestar de la Europa. La Casa de Austria perturba al mundo, mientras que la Francia lo pacifica," (2).

De esta manera, Richelieu se presentaba como el libertador de la Europa; sus bellas frases iban especialmente dirigidas á Alemania, celosa de su independencia, aún en los momentos en que apelaba al extranjero. El cardenal no cesaba de representar á los Alemanes lo mucho y muy ardientemente que el rey había deseado siempre la libertad de la Germania; que si había hecho alianza con el rey de Svecia, era para salvar la libertad alemana; que si combatía á la España y se oponía á los proyectos ambiciosos de la Casa de Austria, era también en interés de los príncipes alemanes. Desde el principio de su intervención, reclamó Richelieu plazas de seguridad en el Palatinado, y, sobre todo, en la Alsacia; todo, según él, en interés de la Alemania (3). Si se comparan aquellas protestas con las manifestaciones del cardenal á Luis XIII,

(1) LEVASSOR, *Hist. de Luis XIII*, t. III, p. 424 y siguientes.
(2) *Deploratio pacis Germanicae*, Paris, 1632, (dedicada á Luis XIII).

(3) RICHELIEU, *Memorias*, t. VII, p. 286, 296.

la doblez del gran político parecerá evidente: él mismo no la encubre, ó, mejor dicho, cree que no hay ningún mal en hacer á los Alemanes con bellas frases, mientras que dice al rey que la Francia debía extender sus fronteras hasta el Rhin. Allí donde nosotros encontramos doblez, el cardenal no ve más que hábil política. Sin embargo, la habilidad se parecía bastante al fraude. Oigamos las promesas solemnes que el cardenal hizo en la dieta de Francfort. La Francia ocupaba en 1634 muchas plazas de la Alsacia, con el firme propósito de retenerlas, lo cual no impidió que Richelieu declarase en Francfort "que S. M. no tenía intención alguna de engrandecerse á expensas de la Alemania, y que estaba dispuesta á devolver aquellas plazas tan luego como un buen convenio le dispensara de la obligación que tenía de defender á los que habían implorado su protección," (1). Iguales protestas hizo en Worms, y las mismas al duque de Sajonia: "Una de las principales razones que habían movido al rey para tomar bajo su protección algunas plazas del imperio había sido la de obligar al emperador á que al hacer la paz tratase mejor á sus aliados," (2). Por último, el cardenal trató de entretener á los Suecos mismos por medio de promesas que no tenía maldita la intención de cumplir: "Que el rey tenía muchas plazas en la Alsacia, que estaba dispuesto á restituir luego que se hiciese la paz en bien de todos, y no teniendo propósito de engrandecerse, nada había más falso que el que los intereses de Francia dificultaran la paz, y que, por el contrario, la disposición en que se encontraba S. M. la facilitaba grandemente," (3).

Bien sabido es cómo cumplió la Francia sus promesas; para adivinarlo bastaría tomar aquellas protestas al revés. Richelieu no quería la paz, ni la quería tampoco Mazarino, porque solamente la guerra podía dar á la Francia la frontera del Rhin. En cuanto á los medios empleados por el cardenal para engañar á los Alemanes, eran tan groseros, que más parece que aquéllos se dejaron engañar voluntariamente; había entonces tantos engañadores, que no se puede saber quiénes eran los engañados: todos los beligerantes hacían protestas de su amor á la paz, y ninguno la deseaba seriamente.

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. VIII, p. 146, 147.—*Negociaciones de FEUQUIÈRES*, t. II, p. 367.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. VIII, p. 241.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. IX, p. 403.

II.

La política del interés conduce necesariamente á la mala fe, porque, bajo el punto de vista de la utilidad actual, la mala fe puede ser ventajosa. No se puede acusar á la diplomacia francesa de ser más culpable que la de los otros Estados; al contrario, siendo más hábil, tenía menos necesidad de recurrir al fraude (a). Los reyes de España y los emperadores, con los cuales estaba en guerra la Francia, eran los representantes por excelencia del catolicismo; y acaso tenían más grande moralidad que el cardenal á quien acusaban de apostasía y deslealtad? Richelieu no cesó de acusar á los Españoles de duplicidad, y merecían ese reproche: era necesario desconfiar de ellos, aún cuando se les tenía por aliados; porque la alianza les servía á veces de velo para encubrir la hostilidad y para ejercerla á mansalva (1). "Los dos jefes fanáticos de la Casa de Austria, dice *Sismondi*, creían que la extirpación de la herejía que se proponían por fin santificaba todos los medios, y jamás les detenía remordimiento alguno, ni en su ferocidad contra sus enemigos ni en su perfidia con los aliados (b). Después de haber meditado el crimen, se encerraban en su oratorio para implorar las bendiciones del cielo, á fin de que auxiliase la ejecución," (2).

Las negociaciones de Fernando II con el rey de Inglaterra son una obra maestra de truhanería. Jacobo I aconsejó á su yerno el elector palatino que no aceptase la corona de Bohemia, y le negó su apoyo, pero cuando, después de la derrota de Praga, el Palatinado fué invadido por el implacable vencedor, el rey de Inglaterra se creyó en el deber de intervenir para conservar á sus nietos la herencia de su padre; envió un embajador á Fernando para implorar el perdón del desdichado rey de invierno, prometiendo que éste haría su sumisión al

(a) El argumento no es de gran peso, pero hay que reconocer que la causa es mala, por más hábil é ingenioso que sea el defensor.—(N. del T.)

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. IV, p. 33, 37.

(b) No parece sino que toda la obligación de ser leales y honrados pesaba exclusivamente sobre los Españoles, porque sus reyes se denominasen católicos. ¿Pues no se llamaban cristianísimos los de Francia, y no fundaban en ese título sus pretensiones á la preeminencia? No, no estaba la perfidia y la doblez de parte de los Españoles; si es caso, estaban la candidez y la postración de sus fuerzas.—(N. del T.)

(2) SISMONDI, *Hist. de los Franceses*, t. XIV, p. 67, edición de Wouters.